

El idioma de Borges

.....

| Por las traductoras públicas Graciela Forte, Carolina Jusid
y Valentina Kachelava, integrantes de la Comisión de Idioma Español

Y habrá quien diga que no, que el español no fue su único idioma, que Borges no solo creció en un hogar en el que se hablaban con la misma fluidez el inglés y el español, sino que con el tiempo logró dominar también el francés, el italiano y el alemán.

Sin embargo, no hay duda de que su pertenencia al grupo de escritores de la literatura universal se debe a su obra escrita en la lengua de su admirado Cervantes y traducida, claro está, a incontables idiomas. ¿Sería posible entonces decir que el español es el idioma de Borges porque lo dominó como nadie y lo modificó para siempre?

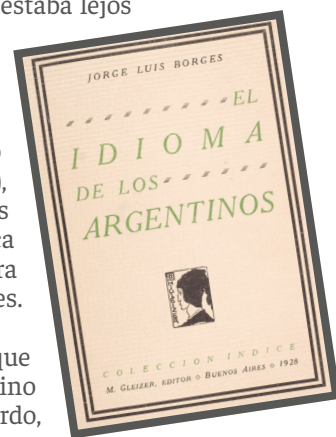
Las múltiples anécdotas sobre su vida dan cuenta de una mirada reflexiva y atenta sobre nuestra lengua, que teñía incluso sus acciones más cotidianas. Y hay entre ellas una particularmente deliciosa que, independientemente de su veracidad (muchas de ellas son improbables), vale la pena traer a estas páginas.

Parece que el hombre guardaba sus ahorros en un pequeño recipiente en forma de hipopótamo que mantenía en un lugar protegido de su departamento. Un día, al ver que el recipiente estaba ya vacío, le dijo a su secretaria: «Vamos a darle de comer al hipopótamo». Fueron entonces al banco para obtener el preciado alimento y Borges se acercó a una ventanilla libre. Cuando solicitó el saldo de su cuenta, la cajera le pidió un momento para verificar el monto exacto, ya que no quería «decirle una cosa por otra». Rápidamente, y con ese sentido del humor exquisito que lo caracterizó durante toda su vida, Borges le contestó: «La señorita acaba de matar a la metáfora».

Arrabaleros, gauchos y criollos

Cuando Borges comienza a publicar sus primeros escritos en la década de los veinte, ya estaba instalada en nuestro país una idea de literatura nacional —el llamado nacionalismo—, dentro de la cual se desarrollaron los dos grandes bloques temáticos que impregnarían las obras de nuestros principales escritores: la pampa y la ciudad (Buenos Aires). Y si bien diversos autores defendían la existencia de una lengua argentina que excluyera a la variante peninsular, la postura de Borges estaba lejos de ese extremo. Por un lado, vemos en él una clara postura sobre el arrabalero, el lunfardo y lo gauchesco; por el otro, observamos cierto rescate de la variante rioplatense a través de lo que Beatriz Sarlo (1981) define como «el criollismo urbano de vanguardia» (p. 7), la reinterpretación de ciertas dimensiones culturales criollas a partir de una poética claramente vanguardista. Lo criollo para Borges son sin duda los barrios de Buenos Aires.

En cuanto al arrabalero, Borges (1928) no cree que se trate de un dialecto genuino del pueblo, sino de una «decantación o divulgación del lunfardo, que es «jerigonza ocultadiza de los ladrones» (p. 57). Señala que tiene poco vocabulario, apenas una veintena de representaciones y una «viciosa turbamulta de sinónimos» (p. 57). Tan pobre es, dice, que los saineteros deben inventarle palabras o invertir las existentes. Su argumento más contundente consiste en que ni las milongas, que fueron la voz genuina de los compadritos, ni Carriego, ni Álvarez usaron nunca el lunfardo. El pueblo tampoco versificó en esa jerga. Concluye así que pretender que el lunfardo pueda desplazar al castellano sería «como traseñar que el dialecto de las matemáticas o de la cerrajería puede ascender a único idioma» (p. 57).





No obstante, Borges introduce el tono del lunfardo en muchos de sus cuentos y poemas, en los cuales evoca a los antiguos cuchilleros, malevos y compadritos. Según él, el arrabalero es la simulación de esa jerga, es la coquetería del compadrón que quiere hacerse el forajido y el malo, y cuyas malhechoras hazañas caben en un bochinche de almacén, favorecido por el alcohol y el compañerismo. Cuentos como «El hombre de la esquina rosada», el poemario *Elogio de la sombra* o la letra de la «Milonga de Jacinto Chiclana» dan cuenta de ello.

En cuanto a lo gauchesco, si bien valora a escritores de la talla de Hilario Ascasubi, José Hernández o Estanislao del Campo, no deja de vislumbrarlo como un universo creativo limitado que está muy lejos de poder crear una variante argentina.

Pero esas valoraciones cambian cuando Borges (1928) alaba la prosa criolla de un autor como Eduardo Wilde: «Perteneció a esa especie ya casi mítica de los prosistas criollos, hombres de finura y de fuerza, que manifestaron hondo criollismo sin dragonear jamás de paisanos ni de compadres, sin amalevarse ni agaucharse, sin añadirse ni una pampa ni un comité. Fue todavía más: fue un gran imaginador de realidades experienciales y hasta fantásticas» (p. 54).

Es decir que aquí vemos no solo una semilla de un segundo Borges más inclinado a lo humano que a lo argentino, a la literatura universal que al color local, sino que también advertimos, tal como lo expresa Ana María Barrenechea (1953), que el escritor «no deja de ver la unidad idiomática del mundo hispánico, aunque recabe, dentro de ella, la expresión del matiz criollo» (p. 555).

Mediante este razonamiento observamos que Borges (1928) propone la existencia de «el no escrito idioma argentino» (p. 59): el de la pasión, la casa, la conversación y la amistad. La diferencia con el español peninsular no es léxica, sino de temperatura emocional y connotación: la misma palabra tiene distinto peso moral en cada orilla del Atlántico. Así, observa que la palabra *súbdito* tiene una significación positiva en España y denigrativa en América;

Afiche del film *Hombre de la esquina rosada* (1962). Créditos: Museo de Cine Pablo C. Ducrós Hicken



que *envidiado* es elogio allá y ruindad aquí, y que *arrabal* y *pampa* son palabras que no podrían ser «sentidas por ningún español» (p. 60).

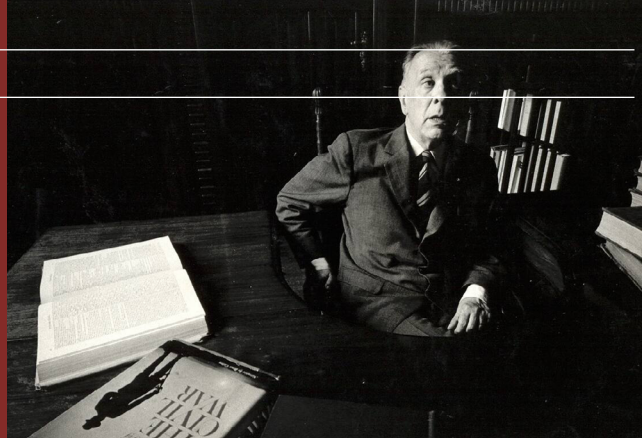
De ello podríamos deducir que el significado no reside en las palabras aisladas, sino en el contexto de uso. Que las variedades del español son sistemas igualmente válidos y completos —y no corrupciones de una norma central—, y que ninguna variedad tiene más *riqueza* intrínseca que otra.

Respetar la oralidad y la naturalidad de una lengua resulta entonces más importante que cualquier prescripción normativa. Quizás por ello en algunas de sus obras de esa época Borges (1926) haya decidido suprimir la *-d* final de muchas palabras: «Ya Buenos Aires, más que una ciudad, es un país» (p. 9), o utilizar el *voseo* en diversos ensayos: «Ni vos ni yo ni Jorge Federico Guillermo Hegel sabemos definir la poesía» (p. 125).

Borges y el otro

Con los años, y por tratarse de una persona profundamente reflexiva que descrea de la *vana-gloria*, Borges no tiene ningún reparo en criticar su propia obra y el carácter «deliberada y molestandamente criollo» (Blanco, 2023, p. 10) que tiñó sus primeros trabajos.

En su célebre ensayo «El escritor argentino y la tradición» (1932/1997), Borges cuestiona la exigencia de que la literatura nacional deba reflejar obligatoriamente el



paisaje local o usar jergas. Pone como ejemplo el *Martín Fierro* o los textos de Enrique Banchs y Ricardo Güiraldes, señalando que los elementos universales o las técnicas formales extranjeras no le restan valor de «argentinidad» a una obra. Para él, el nacionalismo termina siendo un corsé que empobrece la creación.

Comprobamos entonces que su literatura comienza a dejar de lado los localismos y a centrarse en lo universal: «Imparcialmente me tienen sin cuidado el Diccionario de la Real Academia, *dont chaque édition fait regretter la précédente* [cada una de cuyas ediciones hace añorar la precedente], según el melancólico dictamen de Paul Groussac, y los gravosos diccionarios de argentinismos. Todos, los de este y los del otro lado del mar, propenden a acentuar las diferencias y a desintegrar el idioma» (Borges, 1970/1974, p. 1022).

Y así como el lunfardo, el arrabalero, lo gauchesco y el criollo resultaban mundos demasiado restringidos como para ser capaces de opacar la hispanidad, el español rioplatense y el español peninsular terminan siendo tan solo una excusa para intentar poner en palabras el universo y sus misterios. Posteriormente, reflexionaría con maestría sobre ese primer Borges y sus contradicciones con *el otro*: «Hace años yo traté de librarme de él y pasé de las mitologías del arrabal a los juegos con el tiempo y con lo infinito, pero esos juegos son de Borges ahora y tendré que idear otras cosas» (Borges, 1960/1974, p. 808).

Este Borges se ve a sí mismo como una pieza de un mecanismo indescifrable limitado por los símbolos que constituyen el lenguaje. Alguien dijo alguna vez que «el mapa no es el territorio» y que las palabras no son la cosa que nombran: nuestro hombre es consciente de que ninguna lengua podrá jamás ser lo suficientemente rica en significantes como para reflejar y develar el misterio más importante, el de la vida y la muerte: «Creo en el alba oír un atareado / rumor de multitudes que se alejan; / son lo que me ha querido y olvidado; / espacio y tiempo y Borges ya me dejan» (Borges, 1964/1974, p. 880).

Todo lo demás... es metáfora. ■

Bibliografía

Abeille, L. (1900). *Idioma nacional de los argentinos*. Librairie Émile Bouillon, Éditeur. <https://www.filosofia.org/ave/002/b111.htm>

Academia Argentina de Letras. (1999). *Homenaje a Jorge Luis Borges. Anejos del Boletín de la Academia Argentina de Letras. Anejo 1*. https://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/homenaje-a-jorge-luis-borges--0/html/ffbd3264-82b1-11df-acc7-002185ce6064_35.html

Barrenechea, A. M. (1953). Borges y el lenguaje. *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 7(3/4), 551-569. https://www.researchgate.net/publication/319888665_Borges_y_el_lenguaje/fulltext/59c07edbaca272aff2e211c3/Borges-y-el-lenguaje.pdf

Blanco, M. C. (2023). *Fervor de Buenos Aires: poesía y emociones patrióticas. Variaciones Borges*, (56), 3-18.

Borges, J. L. (1926). *El tamaño de mi esperanza*. Ediciones Neperus. <https://es.scribd.com/doc/86129342/1926-El-Tamano-De-Mi-Esperanza-Ensayo>

Borges, J. L. (1928). *El idioma de los argentinos*. Ediciones Neperus. <https://www.academia.edu/32864954/El-Idioma-de-Los-Argentinos-1928Ensayo>

Borges, J. L. (1974). Borges y yo. En C. V. Frías (ed.), *Obras completas* (p. 808). Emecé. (Obra original publicada en 1960).

Borges, J. L. (1974). Límites. En C. V. Frías (ed.), *Obras completas* (pp. 879-880). Emecé. (Obra original publicada en 1964).

Borges, J. L. (1974). Prólogo, *El informe de Brodie*. En C. V. Frías (ed.), *Obras completas* (pp. 1021-1023). Emecé. (Obra original publicada en 1970).

Borges, J. L. (1997). *Discusión*. Alianza. (Obra original publicada en 1932). https://www.academia.edu/36332307/JORGE_LUIS_BORGES_El_escritor_argentino_y_la_tradici%C3%B3n

Sarlo, B. (1981). Sobre la vanguardia, Borges y el criollismo. *Punto de vista. Revista de cultura*, IV(11), 3-8.